

## LA MUJER EN LA POLÍTICA

Más que de la mujer en la política, tendríamos que pensar una política para la mujer. Hasta ahora las políticas instrumentadas no han dejado de lado las polarizaciones, donde lo único que muestran son las ambiguas posibilidades de una lucha de géneros y donde la separación de los mismos, como polos antípodas, sólo hace surgir enfrentamientos, una inaudita guerra de los géneros.

Pero no se trata de la guerra donde se enfrentan dos potencias enemigas, de las cuales una de las dos tiene que salir triunfante, sino de poder incorporar la y de la conjunción, que de los polos de oposición hace una unidad, y en la misma unidad, amalgamar semejanza y diferencias.

Hay una cuestión del valor en juego que se distorsionó y dejó de tener su potencia en la llama que alumbra, para colocarla en la discriminación genital, sin tener en cuenta que no son las apariencias ni las diferencias anatómicas las que están en juego, sino las consecuencias que ponen de relieve que no son signos negativos y positivos los que entran en juego, sino que hay un más allá donde el acento tendría que estar puesto en la función, en la función que funciona en cada uno de los casos, en cada una de las acciones.

Este más allá asoma incipiente y no es el género el que determinará la defensa o la ofensa de los valores, sino que más allá de lo femenino y lo masculino, tendrá que ponerse el valor en la función. Esta falta de reconocimiento de las diferencias tiene que llegar a un lugar donde las mismas sean juzgadas en el hacer y no en el tener, por lo tanto un desplazamiento en la lucha del poder.

Una cuestión económica se desprendió de esta concepción actual y sus mezquinos resultados fue condenar a la mujer a la pobreza, como si fuese una casta inferior y de menor paga, como una mercancía que entró desprestigiada al mercado de valores, y donde la igualdad está medida con la balanza del tener lo mismo, pero no lo diferente. No reconocida económicamente, quiere decir, prisionera del amor, sin armas para enfrentar su derecho a la vida. Más que igualdad entonces, habría que establecer un conjunto de trabajadores, de donde puede emerger tanto un obrero, como una presidenta de Estado.